

NOVENA POR LA SANACIÓN DE LA HUMANIDAD

«MARANATHA!»

Rezar todos juntos por la sanación de la humanidad

En todos los períodos de la historia, la humanidad ha pensado que vivía tiempos particularmente turbios. No hay pues que juzgar demasiado rápido que nuestra época es excepcionalmente dramática. Sin embargo, tal vez no le falte razón de que estamos tentados a estimar que la urgencia del tiempo presente es especialmente grave.

Nunca antes el planeta Tierra ha sido tan mal llevado por el hombre. Nunca antes las fuentes mismas de la vida humana han estado tan amenazadas como lo están hoy día por la contracepción generalizada, la esterilización frecuente, sea voluntaria o impuesta, por el aborto banalizado. Incluso el arte de cuidar la vida humana y, si posible, curarla cuando ha disminuído, se ha vuelto también, en ciertas regiones, el arte de suprimirla con toda impunidad.

Jamás, al menos en Occidente, la familia, célula fundamental de la sociedad, ha sido hasta ese punto maltratada jurídica y culturalmente por legislaciones irresponsables, haciendo accesible el divorcio en un instante y poniendo en el mismo pie el matrimonio y las uniones que no pueden en ningún caso merecer ese nombre.

Al lado de espléndidas realizaciones en el plano social, tales como las legislaciones que protegen el trabajo y organizan la solidaridad en los cuidados de la salud, y tantas otras formas de ayuda a las personas más amenazadas, asistimos al recrudescimiento de un capitalismo salvaje y sin piedad y constatamos con angustia la impotencia de la política frente al triunfo de la especulación bursátil y financiera. El culpable sobre-endeudamiento de tantos Estados nos coloca a todos al borde de un abismo monetario, financiero, luego económico, que corre el riesgo de tragarse a los más desprovistos.

Durante este tiempo, millones de hombres y mujeres, jóvenes en particular, se han dejado someter por el alcohol, la droga y la pornografía, tres mercados escandalosamente copiosos, sabiamente organizados por mercaderes de ilusiones. Sin olvidar el atontamiento generalizado de poblaciones enteras por una música sin corazón, sin melodía, sin significado, que se reduce a una rítmica tan primaria como ruidosa. El vacío del alma, convertido en abismal, trata desesperadamente de llenarse en una inmensa huida hacia adelante, desembocando más a menudo a su vez en el suicidio.

Incluso la búsqueda de espiritualidad, en sí loable, se descarría demasiado a menudo en místicas impersonales, en un divino brumoso, donde se disuelve el esplendor personal del alma humana. Se pierde ahí la perla rara de su vida, pero sin volver a encontrarla, sin embargo, en una verdad de mayor precio.

A pesar de un ecumenismo portador de esperanza, incluso las Iglesias cristianas occidentales han perdido a menudo su alma. La sal se ha desabrido y ya no se ve más con qué artificio se le podría devolver su sabor. Se han abierto tantas puertas y ventanas, por inquietud de una apertura sin consistencia, que el perfume del Evangelio se ha simplemente disipado. Se ha dilapidado la santa Tradición de los Apóstoles de Jesús en beneficio de ideologías sin futuro. La liturgia se ha aplanado a tal punto que numerosas asambleas, a gusto de irrisorias fantasías clericales, celebran su propia mediocridad en vez de dar gloria a Dios y a Cristo. Según la palabra terrible de Jesús, las perlas han sido echadas a los chanchos y los cristianos engañados pisotean sin saberlo los tesoros por los cuales derramaron su sangre tantos mártires.

Y sin embargo, ahí donde nos asaltan cien razones para desesperar, encontramos al lado de Jesús resucitado mil razones para esperar más que nunca. El que cargó toda la dureza de la existencia humana, él que atravesó todos nuestros impasses, incluso la muerte, por su bienaventurada resurrección, él nos grita: «No temas, yo soy el Primero y el Último, el que vive, estuve muerto pero ahora estoy vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la Muerte y del lugar de los muertos.» (Ap 1, 17-18). El conoce nuestras pruebas y nos susurra al corazón: «En el mundo tendréis tribulación. ¡Pero ánimo! Yo he vencido al mundo.» (cf Jn 16, 33). Y antes de dejarnos el día de la Ascensión, pero sin por esto dejarnos huérfanos, él nos tranquilizó. «He ahí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.» (Mt 28, 20).

¿Abandonaría ahora Jesús a su suerte a la humanidad? ¡Jamás! El que durante su vida terrena sanó a tantos enfermos y reconcilió a tantos pecadores, él que afirmó en muchas oportunidades que toda oración hecha con perseverancia en la fe, sería finalmente escuchada, ¿no escuchará nuestras súplicas por la sanación de la humanidad? Con seguridad, él las escucha y quiere escucharlas. No clamamos a él para hacerlo sensible a nuestra angustia. Su corazón traspasado ¡es infinitamente más vulnerable que el nuestro! No recemos para informarle de nuestras miserias. El las conoce mejor que nosotros y las ha llevado antes que nosotros en su angustia durante la agonía y sobre la cruz, abandonado por los hombres e incluso, aparentemente por Dios, su Padre... Y si él nos pide rezar largo tiempo, con insistencia, no es porque él se haya vuelto sordo con el pasar de los siglos. Es porque nosotros, pobres incrédulos, necesitamos tiempo, mucho tiempo, para finalmente creer en la omnipotencia de la oración. «Pero cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará fe sobre la tierra?» (Lc 18, 8).

Y si María misma aparece a la humanidad tan a menudo desde hace cerca de dos siglos, si ella nos habla con tanta perseverancia, con tal obstinación maternal, y si ella insiste incansablemente en la importancia vital de la oración, no es porque ella se aburre allá arriba y se habría vuelto conversadora o chocha por holganza celestial, es porque ella se ha comprometido a fondo en el combate de Cristo y de la Iglesia contra el Dragón (cf. Ap 12) y quiere arrastrarnos poderosamente en su intensa intercesión por la salvación del mundo.

Entonces, ¡sí, recemos con ardor y total confianza por nuestra conversión y la sanación de toda la humanidad! ¡No quedaremos decepcionados! Pues «todo lo que pidáis en oración, creed que lo habéis ya recibido, y se os concederá» (Mc 11, 24 y tantos otros pasajes: Mt 7, 7-11 / 18, 19 / 21, 22; Lc 18, 6-8; Jn 11, 42 / 15, 7 / 16, 14). ¡Que el modesto texto de la Novena de oración aquí propuesta nos ayude a pedir todo y a obtener todo!

1^{er} día: por el respeto a la creación

San Pablo nos recuerda que, en su estado presente, la creación está estropeada por el pecado original y sometida a una ley de muerte, de tal manera que ella gime por entero, como una mujer en los dolores del parto: si ella estuviera sujeta a la vanidad – no que ella lo haya querido, sino a causa de aquel que la ha sometido a ello, – es con la esperanza de ser, ella también liberada de la servidumbre de la corrupción para entrar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios.» (Rm 8, 20-21).

Es imposible escapar enteramente a este «poder de la nada» que afecta el Universo en su condición actual. Sin embargo, incluso caído, el cosmos sigue siendo la creación de Dios y es fundamentalmente bueno, aunque esté herido. Por eso, es nuestro deber como hombres y cristianos asegurar al máximo su protección, respetando nuestro entorno.

Dios, Padre nuestro, que en tu sabiduría y amor creaste libremente el mundo, y viste tú mismo que él era bueno e incluso muy bueno. (Gn 1,10.12.18.21.31). Todavía hoy, a pesar del mal que lo desfigura, tú amas este universo que creaste en el Verbo e Hijo de tu eterno amor, pues «todo fue por él y sin él nada fue; él era la vida de todo ser y la vida era la luz de los hombres.» (Jn 1,3-4). Envía a nuestros corazones este espíritu que planeaba sobre las aguas al origen (cf. Gn 1,1) a fin de que, en todo lugar donde estemos, respetemos tu creación y aseguremos su protección. Te lo pedimos por Jesucristo, nuestro Señor. Amen.

2º día: por el respeto a la persona humana en el seno materno

Nuestra sociedad es cada vez más sensible a la importancia de la ecología y esto es un gran progreso. Pero, en el cuidado capital por la biodiversidad, es decir de la diversidad de las especies animales y vegetales, ella olvida a menudo incluir lo que Benedicto XVI llama «la ecología humana». Es chocante que, en numerosos países, un brote de árbol o un lobo sean más protegidos que un bebido en el seno materno. Desconfiemos del mito de la sobrepoblación del planeta y de la teoría del hombre predador! La tierra no está superpoblada, ella está incluso a plazo, y a muy corto plazo en Occidente, amenazada por el envejecimiento. Con imaginación y generosidad la Tierra puede alimentar y mantener a todos sus habitantes actuales y futuros. Que todas estas teorías ya no sirvan más de argumento para banalizar el aborto. Con amor en el corazón, siempre es posible evitarle a una mujer y al niño que ella lleva el drama del aborto.

Señor Jesús, cuando tú eras todavía un minúsculo embrión en el seno de María, Juan Bautista te reconoció en el seno de Isabel, y él se sobresaltó de alegría e hizo lanzar un grito de júbilo a su madre: «¡Bendita seas entre todas las mujeres, y bendito sea el fruto de tu vientre! (...) Pues, ya ves, desde el instante en que tu saludo llegó a mis oídos el niño saltó de alegría en mi seno!» (Lc 1, 42.44) Señor Jesús, cada uno de nosotros fue un día, como tú, ese pequeñito en el vientre de nuestra madre. Enséñanos a respetar este humilde comienzo de cada ser humano y llévanos a socorrer a las mujeres encinta en dificultad. Te lo pedimos a tí, hijo de María e Hijo eterno del Padre. Amen.

3º día: por el respeto a la persona humana al acercarse la muerte

¿Cómo no ser sensible a los sufrimientos y a las angustias de las personas que una penosa enfermedad encamina hacia la muerte? Si, hay que ayudar a los enfermos incurables a acercarse a su muerte en paz y sin un sufrimiento que les aplaste o les humille. Gracias a los progresos de la medicina, disponemos hoy día de cuidados paliativos para vivir los últimos tiempos de nuestra estadía aquí abajo en un relativo bienestar. Y si el dolor se presenta rebelde a todo tratamiento, queda la posibilidad, en los momentos de crisis, de desconectar la conciencia sólo el tiempo necesario.

Pero debemos denunciar la práctica, ya frecuente, que, abruptamente, pone fin a la vida de un enfermo, bajo la cubierta de una compasión mal comprendida. Incluso el consentimiento o el pedido expreso del enfermo no justifican que se cambie el significado profundo de toda la profesión médica y paramédica y que el arte de cuidar y de curar sea mudado a arte de matar. Yo no puedo, aunque sea en nombre de mi libertad, pedir que toda la percepción de la vida y de la muerte sea modificada en la sociedad a favor de leyes que despenalizan el acto de hacer morir a una persona humana inocente.

Dios, Padre nuestro, hasta los últimos meses y semanas, días y horas, nuestra vida está en manos de tu Providencia paternal. Tú nos ofreces incluso estos últimos tiempos de nuestra estadía en la tierra como una ocasión de purificación, de entrega de nuestra vida entre tus manos y de reconciliación progresiva con nuestro entorno, con todos aquellos a quienes hemos amado mucho o a quienes hemos amado demasiado poco. Haznos a todos, para nosotros mismos y para otros, testigos de una cultura de vida, tan amante y generosa que triunfe de las empresas que conducen a comportarnos como dueños y señores de la vida y de la muerte. Te lo pedimos por Jesucristo, nuestro Señor. Amen..

4º día: por el amor a la paz y el combate espiritual

El corazón del hombre desea la paz y sin embargo, se confronta constantemente a la violencia. ¡Y esto no concierne solamente a... los otros! En cada uno de nosotros dormita una peligrosa agresividad. La paz estratégica no basta, la que descansa en el equilibrio del miedo y el cálculo de intereses. Todavía hay que llegar a una verdadera estima del otro por sí mismo. A la vista humana y, en todo caso a gran escala, esto parece francamente utópico. Sólo la paz conseguida humildemente al lado del «Príncipe de la paz» puede permitirnos construir el respeto mutuo en base a la comunión y solidaridad de los individuos y de las naciones. Es sólo en esta fuente que aprenderemos a vivir la bienaventuranza: «¡Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios!» (Mt 5, 9).

«Os dejo la paz, os doy mi paz; no os la doy como la da el mundo», nos dice Jesús. (cf Jn 14, 27). Pero también y por esta misma razón: «¿Creéis que estoy aquí para dar paz a la tierra? No, os lo aseguro, sino división.» (Lc 12, 51). Él quiere que busquemos en él la verdadera paz. Y, precisamente por esto, él nos invita al combate espiritual, no violento, contra todas las injusticias que alimentan la violencia.

Señor Jesucristo, tú dijiste a tus apóstoles: «Os dejo la paz, os doy mi paz.» No mires nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia. Para que tu voluntad se lleve a cabo, danos siempre esta paz y condúcela hacia la unidad perfecta, tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amen.

5º día: por la paz entre los pueblos y entre las religiones

Las culturas, los idiomas y los pueblos son legítimamente diferentes y su diversidad representa una riqueza al igual que un riesgo. Pero todos nosotros pertenecemos, profundamente, a la misma humanidad. Lo que nos une es más grande que lo que nos distingue. Mismas alegrías y penas, mismas pruebas y mismos desafíos.

Las religiones, las espiritualidades y las filosofías son de naturaleza diversa, con prioridades diferentes, ellas también. Pero todas representan una preciosa apertura hacia un misterio que nos sobrepasa, hacia una profundidad o una altura que no hemos inventado.

¿Por qué nuestras diversidades culturales y filosóficas no podrían volverse sinfónicas? Como en una orquesta donde reina una gran variedad de instrumentos, de timbres, de voces y de roles, sin que esto desemboque en una cacofonía.

Dios, Padre nuestro, te damos gracias por la sinfonía del universo, a pesar de la cacofonía del pecado y del mal. Más todavía, te damos «gracias» por la sinfonía de la humanidad, a pesar de las disonancias y de las falsas notas que comprometen su armonía. Te expresamos nuestra gratitud por tu Hijo Jesús y por las Sagradas Escrituras donde tú nos has

dejado la partitura de tu propia sinfonía, todavía inconclusa por mucho tiempo que dure este mundo. Te agradecemos por ofrecernos a tu Espíritu Santo como director de orquesta e inspirador de nuestra interpretación de tu gracia. Guíanos, unifícanos, a fin de que tu música suavice nuestras costumbres. Amen.

6º día: por la paz en las familias

La familia es una pequeña «Iglesia en la casa», una Iglesia «doméstica». Es un reflejo de la Santísima Trinidad. Igual que el Espíritu nace del amor mutuo del Padre y del Hijo, así el hijo, los hijos son el fruto personal del amor del hombre y de la mujer en el matrimonio.

Justamente es sin duda porque la familia es tan grande y tan importante a los ojos de Dios que es tan atacada por el enemigo. Volviendo el divorcio extremadamente fácil, banalizando el aborto e instituyendo un seudo matrimonio entre personas del mismo sexo, las sociedades occidentales han indudablemente debilitado la familia, con todas las consecuencias desastrosas que de ello proceden, para los cónyuges traicionados y los niños bamboleados de una y otra parte.

Señor, tú el Esposo fiel de la Iglesia, tú que consagraste la belleza del amor humano uniendo para siempre a la humanidad, vela con ternura por nuestras familias, sobre todo por las que son tentadas por la separación. Pon en el corazón de tu Iglesia, la Novia que tú has elegido, un gran amor por las parejas y una paciente solicitud para acompañarlas y sostenerlas en su fidelidad. Inspíranos una justa actitud frente a nuestros hermanos y hermanas que han vivido el fracaso conyugal. Que los sepamos acoger conjugando amor y verdad, en la fidelidad a tu Evangelio y a la enseñanza de tu Iglesia. Te lo pedimos a tí que vives y reinas con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amen.

7º día: por la paz en la Iglesia

Desde hace siglos sufrimos de los desgarros entre las diferentes confesiones cristianas. El paciente trabajo del ecumenismo ya ha permitido preciosos acercamientos, sobre todo entre católicos, ortodoxos y luteranos. Pero queda todavía un camino por recorrer. Además, en el interior mismo de la Iglesia católica, no faltan las divisiones entre tradicionalistas y progresistas, entre los que aman la Iglesia y al Papa y los que son sobre todo llevados a la crítica.

Ahora bien, el testimonio cristiano en el mundo sólo será plenamente creíble cuando estemos todos juntos unidos en y por Cristo. ¿Qué esperamos para celebrar la fiesta de la Pascua de Resurrección todos en la misma fecha, como lo quiso el Concilio de Nicea en el año 325? Es decir, el domingo después de la luna llena que sigue al equinoccio de primavera. La astronomía permite hoy en día resolver el problema con seguridad. Bastaría ponerse de acuerdo sobre el meridiano en función del que se determina la hora de la luna llena... Un acuerdo sobre la Pascua provocaría tal vez otros acuerdos sobre temas más profundos, inspirándonos todos juntos en la fe y la práctica de la Iglesia durante el primer milenio, antes de las grandes separaciones.

Señor Jesús, en vísperas de tu muerte, rogaste ardientemente por la unidad de tu Iglesia: «¡Que todos sean uno! Como tú, Padre, en mí y yo en tí, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado.» (Jn 17, 21). Que hoy día, más que nunca, y sin tardar, tu oración sea plenamente escuchada. Amen.

8º día: por la sanación de la humanidad

En varios países del mundo, nos hemos horrorizado de enterarnos que incluso sacerdotes y religiosos habían abusado de niños y jóvenes. Y, sin minimizar lo menos del mundo estos crímenes al interior de la Iglesia, sabemos que, en todos lados, en nuestras sociedades, niños y jóvenes, hombres y mujeres son explotados sexualmente. A veces, corremos el riesgo de ser cómplices de esta ola de pornografía que irrumpe en el planeta. Pensamos también en todas las víctimas del alcohol y sobre todo en las víctimas de esta empresa comercial satánica que es la difusión de la droga con sus millones de víctimas.

Y luego, están todavía todos los otros abusos que nos asquean: la explotación económica, el desprecio por el extranjero, los regímenes dictatoriales, las represiones policiales, la intolerancia religiosa. Cada cinco minutos se mata a un cristiano por razón de su fe. La lista sería interminable...

Señor Jesús, ¡esta vez es demasiado! Ya no podemos más. Tú que eres el Amigo de los hombres y su Salvador, tú que eres el Médico de la humanidad, confiamos a tu Corazón sagrado el corazón herido de cada ser humano y de todos los hombres. Ven a socorrernos y muévenos en un gran ímpetu de fe, de esperanza y de amor por la salvación del género humano en peligro. Ponemos en tí nuestra confianza. Como los Apóstoles en la barca sacudida por la tempestad, clamamos a tí, pues tenemos la impresión de que tú duermes y nos has olvidado: «Maestro, ¿no te importa que perezcamos? El, habiéndose despertado, increpó al viento y dijo al mar: «¡Calla, enmudece!» El viento se calmó y sobrevino una gran bonanza. Y les dijo: «¿Por qué estáis con tanto miedo? ¿Cómo no tenéis fe?» (cf Mc 4, 38-40)

9º día : por el deseo ardiente de la venida de Jesús en la gloria: ¡Maranatha!

El mundo en que estamos ahora ya no es el paraíso terrenal, tampoco es el Paraíso Celestial. El sigue siendo fundamentalmente bueno, pues ha sido creado por Dios, y contiene, especialmente en la Eucaristía, las energías del mundo nuevo. Pero mientras tanto sigue sujeto a la vanidad, con la esperanza, sin embargo, de ser muy pronto transfigurado, gracias a la nueva venida de Jesús en la gloria.

Nosotros podemos mejorar mucho este mundo a través de nuestro respeto por la creación y nuestra solidaridad frente a las catástrofes, al hambre y a las enfermedades. Pero este mundo no podrá ser nunca enteramente sanado. Hasta los enfermos que Jesús sanaba, luego volvieron a caer enfermos. Los milagros anuncian la armonía del mundo por venir, pero no pueden ser la solución definitiva. La salvación del mundo pasará por una transfiguración fulgurante del universo, en las huellas de la resurrección de Jesús de entre los muertos. Pero la energía que glorificará el mundo está ya obrando en nosotros a través de nuestro bautismo y la Eucaristía. Si, con Pablo comprendemos con gratitud «cual es la soberana grandeza de su poder para con nosotros, los creyentes, conforme a la eficacia de su fuerza poderosa que desplegó en Cristo, resucitándole de entre los muertos y sentándole a su diestra en los cielos.» (Ef 1, 19-20). Por eso, con el Apocalipsis, recemos ardientemente para que esta Energía soberana estalle muy pronto en el cosmos entero.

Señor Jesús, crucificado y resucitado, que te sientas ya en el cielo a la derecha del Padre, nos volvemos hacia tí. Con el Espíritu y la Esposa, con el Espíritu Santo y la Iglesia, con el Espíritu y María, nos volvemos hacia tí y te suplicamos: «¡Ven!» (Ap 22, 17). Y, sonriendo con gran bondad y profunda compasión por nuestras miserias, tú nos respondes, desde hace ya veinte siglos, pero con una particular gravedad hoy día: «Si, ¡vengo muy

pronto!» Por eso redoblamos la confianza, pensando en las angustias del tiempo presente y en la urgente sanación) definitiva de la humanidad, y repetimos con convicción la oración del Espíritu y de la Esposa: «¡Ven, Señor Jesús!» (Ap 22, 20)